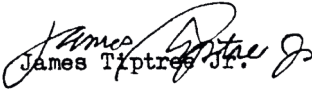




HOUSTON, HOUSTON,  
¿ME RECIBES?

  
James Tipton Jr.



Lorimer echa un vistazo por la cabina atestada e intenta escuchar las voces al mismo tiempo que trata de ignorar el tic nervioso de sus entrañas, que le indica que está a punto de recordar algo muy malo. No sirve de nada: lo revive, aquel momento de hace mucho tiempo. Se precipita a ciegas (¿o lo empujaron?) en aquel baño desconocido del instituto Evanston. La bragueta abierta, la polla en la mano; aún puede ver el borde de la cremallera gris de los pantalones rodeando su pene pálido al descubierto. El silencio. Lo incorrecto y nauseabundo de las siluetas, rostros girándose. El primer estruendo de risas. Chicas. Estaba en el baño de las chicas.

Se estremece con ironía, muchos años después, sin mirar las caras de las mujeres. Las curvas de la cabina sobre su cabeza le rodean con objetos extraños: el estante de abalorios, el telar de las gemelas, las piezas de cuero de Andy, la maldita enredadera que se retuerce por doquier, las gallinas. Tan acogedor... Atrapado, así se siente. Atrapado sin remedio y de por vida en algo que no disfruta. Falta de estructura. Nimiedades personales, confianzas insignificantes. Las demandas que nunca podrá cumplir. Ginny: «Ya no hablas conmigo...». Ginny, cariño, piensa sin querer. El dolor no llega.

La carcajada estridente de Bud Geirr interrumpe sus pensamientos. Bud se pitorrea con algunas de las mujeres, escondido tras un mamparo. Dave sí que está a la vista. El comandante Norman Davis se halla en el extremo más alejado de la cabina, su perfil barbudo

inclinado hacia una mujer baja y de piel oscura en la que Lorimer no puede fijar la mirada. Pero la cabeza de Dave parece curiosamente diminuta y puntiaguda; de hecho, toda la cabina se le antoja irreal. Un cacareo estalla en el «techo»: la gallina enana en su cesta.

En este preciso instante, Lorimer tiene claro que le han drogado.

Qué curioso, la idea no le cabrea. Se inclina o, más bien, se echa para atrás, con las piernas cruzadas en cero g, y deja que su mirada se dirija hacia el rostro de la mujer con la que está hablando. Connie. Constantia Morelos. Una mujer alta y con la cara redonda vestida con un pijama verde holgado. En realidad, a él siempre le ha dado igual hablar con mujeres. Menuda ironía.

—Supongo —dice en voz alta— que es posible que, en cierto sentido, no estemos aquí.

No suena muy perspicaz, pero la mujer asiente con interés. Está observando mis reacciones, se dice Lorimer. Las mujeres son envenenadoras naturales. ¿Esto también lo ha dicho en voz alta? El semblante de Connie no cambia. La visión de Lorimer adquiere una claridad local placentera. La piel de Connie le gusta, tiene un aspecto saludable. Aceitunada a pesar de llevar dos años en el espacio. Recuerda que era granjera. Poros grandes, pero sin el aspecto seco que asocia a mujeres de su edad.

—Supongo que nunca lleváis maquillaje —dice. La mujer parece desconcertada—. Pintura facial, polvos. Ninguna lo lleváis.

—¡Oh! —Su sonrisa muestra un diente delantero roto—. Ah, sí, creo que Andy lo lleva.

—¿Andy?

—Para obras teatrales. Históricas. A Andy se le dan bien.

—Claro. Obras teatrales históricas.

La mente de Lorimer parece expandirse para que entre la luz. Ahora lo entiende con claridad, la miríada de fragmentos se unen en patrones. Patrones letales, se da cuenta; pero la droga le protege de algún modo. Es como estar colocado de anfetaminas, pero sin la presión. ¿Quizá sea algo que usen en eventos sociales? No, también están observando.

—Macizorras espaciales. Sigo sin entenderlo. —La risa de Bud Geirr es contagiosa. Tiene una voz ligera y amistosa que le gusta a la

gente; a Lorimer aún le gusta después de dos años—. Tías, tenéis niños en casa. ¿Qué piensa vuestra familia sobre que vayáis volando por ahí con el bueno de Andy, eh?

Bud aparece flotando mientras abraza a una gemela por los hombros. Lorimer decide que es la tal Judy París, porque es difícil distinguirlas. Se desplaza con pasividad en diagonal junto al corpa-chón de Bud: una chica normalucha con pechos prominentes vestida con un pijama amarillo holgado y el cabello negro extendiéndose en todas direcciones. La cabeza pelirroja de Andy nada hasta ellos. Sujeta una gran pelota espacial de color verde. Aparenta unos dieciséis años.

—El bueno de Andy. —Bud sacude la cabeza, su sonrisa deslumbrante bajo el espeso bigote oscuro—. Cuando yo tenía tu edad, no permitían a las mujeres volar conmigo.

Connie tuerce los labios ligeramente. En la cabeza de Lorimer, las piezas se deslizan hacia un patrón. Lo sé, piensa. ¿Sabes tú que yo lo sé? Su mente es vasta y cristalina; muy agradable, en realidad. Es más fácil pensar. Las mujeres... Ninguna generalización compacta se le forma en la cabeza, solo unas cuantas caras hablando en una matriz de irrelevancia dominante. Humanas, claro. Una necesidad biológica. Solo que muy, muy... ¿difusa?, ¿vana? Su hermana Amy, *so-prano con tremulo*: «Pues claro que las mujeres podrían contribuir tanto como los hombres si nos tratarais como iguales. ¡Ya verás!». Y luego va y se casa con ese idiota la segunda vez. Pues sí, ahora sí que lo ve, sí.

—La enredadera —dice en voz alta. Connie sonrío. Cómo sonrían todas.

—¿Qué os parece? —dice Bud rebosante de alegría—. ¿Alguna vez pensaste que verías tías en cero g, eh, Dave? Es-tetas-férico. ¡Yuju! — Al otro lado de la cabina, la cara barbuda de Dave se gira hacia su compañero sin sonreír—. Y el bueno de Andy lo ha tenido todo para él solito. Te ha atrofiado el crecimiento, chaval.

Le da un puñetazo cordial en el brazo a Andy, que se agarra al mamparo. Bud no puede estar borracho, piensa Lorimer; no con la sidra de frutas. Pero tampoco suele sonar como un texano sobre un escenario. Una droga.

—Eh, no te ofendas —le dice Bud al chico con seriedad—. Iba en serio. Perdona a este hermano desfavorecido y falto de pivas. Las tipas estas son buena gente. ¿Sabes una cosa? —le dice a la chica—. Estarías estupenda si te arreglaras un poquitín. Eh, yo puedo enseñarte, el viejo Buddy es un experto. Espero que no te moleste lo que he dicho. De hecho, estás muy estupenda ahora mismo.

Le abraza los hombros a la gemela y estira el otro brazo para rodear a Andy también. Los tres flotan juntos hacia arriba, Judy sonriendo emocionada; así hasta casi parece guapa.

—Vamos a por más de eso. —Bud les empuja hacia el estante de la comida, decorado para la ocasión con pintura verde y margaritas pequeñas de verdad—. ¡Feliz Año Nuevo! ¡Eh, Feliz Año Nuevo a todos!

Los rostros se giran, más sonrisas. Sonrisas auténticas, piensa Lorimer; quizá les gusten de verdad sus nuevos años. Siente que posee un tiempo infinito para examinar cada acontecimiento, las implicaciones que evolucionan en facetas cristalinas. Soy una cámara de eco. Agradable, eso de ser el observador. Pero otras personas también observan. Han puesto algo en marcha. ¿Se dan cuenta? Tan vulnerables, nosotros tres, cinco de ellos, en esta frágil nave. No lo saben. Un miedo ajeno a la acción acecha tras la mente de Lorimer.

—Dios santo, lo hemos conseguido —ríe Bud—. Chavalas espaciales, tengo que reconocerlo. Os felicito, Dios, os lo digo en serio. No estaríamos aquí, estemos donde estemos. Hasta puede que me quede en el servicio después de todo. ¿Crees que hay hueco para el bueno de Bud en vuestro programa espacial, cielo?

—Déjalo, Bud —dice Dave en voz baja desde la pared más alejada—. No quiero oírte usar el nombre del Creador de esa forma.

Toda la barba castaña le otorga una gravedad patriarcal. Dave tiene cuarenta y seis años, una década más que Bud y Lorimer. Veterano de seis misiones con éxito.

—Oh, mis disculpas, comandante Dave, colega. —Bud le dedica una carcajada íntima a la chica—. Nuestro osifial al mando. Un tipo estupendo. ¡Eh, doctor! —grita—. ¿Qué haces? ¿Ya estás dinco?

—Salud. —Lorimer oye que su voz responde; el complejo estrato de sus sentimientos sobre Bud se alza como un kraken en la luz de la



luna de su mente. Esa cosa silenciosa y sumergida que siente por todos ellos, todos los Bud y los Dave y los mesomorfos grandes, indomables, alegres, capaces, disciplinados y cortos de entendederas con los que ha compartido su vida. Mesoectos, se corrige; los astronautas no son cachas descerebrados. Les cae bien, ha procurado ganárselos. Les cae lo bastante bien como para meterlo en Pájaro Solar y convertirlo en el científico oficial de la primera misión circunsolar. Ese tal doctor Lorimer es majo, está en el equipo. Lorimer no nos jode, no como los otros científicos gilipollas. Hace bien el papel con su constitución cuidada y sus comentarios socarrones. Y los años de acudir a los bolos, a voleibol, a tenis, a tiro al plato, al esquí que le rompió el tobillo, al fútbol americano que le rompió la clavícula. Cuidado con el doctor, que es muy astuto. Y los hombretones dándole palmadas en la espalda, aceptándolo. Su científico modelo... El problema es que ya no es científico. Vivió de su trabajo posdoctoral sobre plasma, un golpe de suerte. Lleva años sin meterse en las matemáticas y no va a hacerlo ahora. Demasiados intereses, demasiado tiempo dedicado a explicar lo básico. Soy un deportista a medias. Treinta centímetros más alto y cuarenta y cinco kilos más y sería justo como ellos. Uno de ellos. Un alfa. Seguramente lo noten por debajo, la hiel de beta. ¿Las bromas se han desgastado un poco en el año que habían pasado en Pájaro Solar? Un año de Bud y Dave jugando al *gin*. El puto ejerciclo, poniéndomelo más complicado. Aunque lo hacían sin querer. Éramos un equipo.

El recuerdo de los pantalones vaqueros abiertos reaparece, la parte final dolorosa: los rostros sonrientes que le esperaban cuando salió trastabillando. Los gritos, el goteo por su pierna. Ir de guay y fingir que él también se reía. Imbéciles, ya veréis. «No soy una chica».

—¡Y feeliiz Año Nuevo para los de abajo! —resuena la voz de Bud, cantando una parodia de la tonadilla empalagosa de la NASA—. ¡Eh! ¿Por qué no les enviamos una señal? ¡Saludos a todos los terrestres! O lunares, mejor dicho. Feliz año en este buen año de... lo que sea. —Inhala con tono burlón—. Ahí está Papi Noel, Houston, ¡nuuuunca habéis visto algo así! Houston, estés donde estés —canta—. ¡Eh, Houston! ¿Me recibes?

En el silencio, Lorimer ve que el semblante de Dave cambia al del comandante Norman Davis, oficial al mando.

Y, sin previo aviso, ha vuelto allí, ha regresado a hace un año, al módulo de mando estrecho y desordenado de Pájaro Solar saliendo de detrás del Sol. Es el efecto de la droga, piensa mientras el recuerdo se cierra a su alrededor; es tan real. Para. Intenta aferrarse a la realidad, a la sensación de problemas que crece bajo la superficie.

Pero no puede, está allí, flotando detrás de Dave y Bud en el sofá triple, evitando como siempre su puesto oficial en el medio, mientras observa los reflejos de los hombres contra la oscuridad de la ventana estropeada de babor. La capa exterior se ha templado y solo ve un borrón brillante que debe de ser Espiga flotando en el reflejo de la cabeza de Dave. Hace que la venda del comandante parezca la corona de un niño.

—Houston, Houston, aquí Pájaro Solar —repite Dave—, Pájaro Solar llamando a Houston. Houston, ¿me recibes? Adelante, Houston.

Cuentan los minutos. Cuentan siete para enviar, siete para recibir; a setenta y ocho millones de millas, es un margen amplio.

—La antena alta está kaput, eso es lo que pasa —comenta Bud con alegría. Lo dice casi todos los días.

—No es posible. —La voz de Dave está cargada de paciencia, también como siempre—. Ya lo hemos comprobado. Aún hay mucho ruido del sol, ¿no, doc?

—La radiación residual de la erupción se mantiene paralela a nosotros —dice Lorimer—. Se las verán canutas para descifrnarnos.

Por enésima vez registra la satisfacción, leve y ridícula, de que le consulten.

—Mierda, hemos pasado Mercurio. —Bud sacude la cabeza—. ¿Cómo vamos a saber quién ha ganado la liga?

Bud también dice eso a menudo. Un ritual en la noche eterna. Lorimer observa el resplandor de Espiga flotando en el reflejo de los rizos faciales de Bud. Su propio bigote es escaso y raquítico, como un Fu Manchú rubio. En la esquina de la ventana de popa hay un brillo a rayas que debe de ser los restos de los acumuladores de energía de babor, fritos por la explosión solar que les atizó hace un mes y que fundió las capas externas de las ventanas. Fue justo cuando Dave se

abrió la cabeza en el panel lógico-sexual. Lorimer, que se dio varios golpes en pleno experimento de onda gravitacional, todavía no se fía de las lecturas. Por suerte, la corriente de partículas no afectó a una parte de la ventana frontal y aún tienen unos veinte grados de panorámica clara por delante. La reluciente red de las Pléyades aparece ahí, fluyendo en una estela de luz.

Doce minutos... trece. El altavoz suspira y chasquea vacío. Catorce. Nada.

—Pájaro Solar a Houston, Pájaro Solar a Houston. Adelante, Houston. Corto. —Dave coloca de nuevo el micrófono en su base—. Esperemos otros veinticuatro minutos.

Aguardan, como dicta el ritual. Mañana Packard responderá. Quizá.

—Nos sentará bien volver a ver la vieja Tierra —comenta Bud.

—No vamos a usar más combustible en mantener la posición —le recuerda Dave—. Confío en los números del doctor.

No son mis números, sino los hechos básicos de la mecánica celeste, piensa Lorimer; en octubre, la Tierra solo puede estar en un lugar. Pero nunca lo dice. No a un hombre que puede descifrar las soluciones de dos cuerpos por intuición en cuanto sabe dónde están los cuerpos. Bud es un buen piloto y mejor ingeniero; Dave es lo mejor que hay. No se siente orgulloso de ello.

—El Señor nos ayudará, doc, si Le dejamos.

—Será un acoplamiento infernal si el radar está jodido —dice Bud distraído. Todos lo piensan por enésima vez. Sí que será un infierno. Dave se encargará de hacerlo. Por eso está ahorrando combustible.

Pasan los minutos.

—Ya está —dice Dave. Y, sorprendentemente, una voz llena la cabina.

—¿Judy? —Es aguda y clara. Una voz de chica—. Judy, me alegro de haberte encontrado. ¿Qué haces en esta banda de radio?

Bud suelta un soplido. Hay un instante de quietud antes de que Dave agarre el micrófono.

—Aquí Pájaro Solar, la recibimos. Somos la misión Pájaro Solar llamando a Houston, eh, Pájaro Solar Uno llamando al centro de control de Houston. Identifíquese, ¿quién es? ¿Puede retransmitir nuestra señal? Cambio.